El Nuevo País, 30 dic. 1992

***** Mi recuerdo de Vicente Gerbasi es el recuerdo de un mundo inocente y honorable, de una política hecha con honor y decoro, y de una elegancia basada en la conducta y no en la marca de los trajes**

RAFAEL
POLEO

En este país

Vicente Gerbasi tenía la inocencia de quienes por su bondad se sienten invulnerables y la honradez de sus abuelos calabreses. Bien importante, esto de los abuelos. Con los años, uno aprende a desconfiar de vinos sin solar conocido. Los Gerbasi fueron campesinos de conducta transparente como su mirada. La vi en la madre de los Celli, hermana de Vicente. Una señora que habiendo nacido en Venezuela hablaba con acento itálico, porque le habían mandado a estudiar allá y regresó ya señorita, a casarse con "El Cojo" Celli, promotor de Acción Democrática cuando ese partido era un sentimiento y una idea (no un negocio). A esa señora la recuerdo en su casa, adonde me llevó Celio. Una casa valenciana corriente, de corredor y patio, y la madre trayéndonos café y conversando sobre las cosas cotidianas. Apenas aludió a su vida como esposa de un político perseguido (los adecos entonces eran perseguidos, como los de ahora son perseguidores de quienes andamos por el mundo esperando que ellos se vayan...se vayan...se vayan...).

Con Vicente corrí algunas deliciosas parrandas, cuando él todavía podía echarse palos. Almorzábamos o cenábamos y la seguíamos. Entonces había un delicioso lugar, el "Caruso", que era como un club para quienes allí íbamos no sólo a comer y a beber, sino a disfrutar del corazón grandote de Angelo, su dueño. Alvarito era un pianista grandote y tolerante que nos permitía a los semi-borrachos cantar canciones "por rolitos". Frases que se nos salían sin darnos cuenta y que nunca llegaban a ser la canción completa, porque no había un parroquiano que se supiera toda la letra. Alvarito lo ayudaba a uno recordándole que para cantar sólo se necesita oído: oído melódico, oído tonal y oído rítmico. Yo cantaba "El día que me quieras", aprendido de mi madre, que tenía el único piano de Valle de la Pascua, y "Farolito", la canción de los muchachos pobres y enamorados.

Una noche llegué al "Caruso" con Quico Sucre, Vicente Gerbasi y Flor Isava. Flor, mi prima, cantó en francés "Flores muertas". Vicente se inspiró y cantó —sin duda le inventamos la música— una canción medieval española que habla de hombres que bajan de la montaña buscando pastos para su ganado y zagalejas que se quedan llorando la partida. Nunca olvidé estos versos:

Ya se van los pastores a la majada
ya se queda la sierra triste y callada.
Ya se van los pastores a Extremadura
ya se queda la sierra triste y oscura.

Vicente era adeco. Los poetas, entonces, eran adecos.

Lake Placid, diciembre de 1992